

á dar el peor y mas funesto exemplo á todas las grandes potencias, de aniquilar sus pueblos y su erario para poner en campaña exércitos de doscientos, y trescientos mil combatientes. ¡Que levas, y quintas, y que sobrecarga de contribuciones para los gastos de tan formidables armamentos!

Dícese que inventaron las bombas, y las bayonetas. ¿Quándo inventarán una cosa buena para consuelo del hombre? Ya inventaron la guillotina para abreviarle la muerte, cortando cabezas como quien descabeza mazorcas de maíz. Tambien inventaron la máquina de corbatines y manillas de hierro para conducir hermanablemente conscriptos al campo del honor, donde hallarán á sus hermanos de armas que les darán la bien venida. Y dicen que está tan bien montada ésta máquina, y con tal artificio y delicadeza, que al pobre hijo de Napoleon, que no sigue el compás de la manada de sus compañeros aherrajados, ó se hace el remolón, queda ahogado sin que nadie le ponga un dedo encima. Rasgos de tan inhumana crueldad solo los he leído en una antigua relacion de lo que hacían los arrázes con los cautivos galeotes, quienes, para obligarles á remar con diligencia y sin cesar quando daban caza á un vaxél de cristianos, les pasaban un lazo corredizo por el pescuezo, atado á la punta del guión del remo, de manera que, quando de cansados no pudiesen bogar mas, soltando el remo de las manos quedasen ahorcados. Para mas terror añadía el cómitre otra mas horrosa inhumanidad: cortaba de un alfanjazo un brazo al remero mas floxo, y con él iba por la cruzía azotando á los demás. No quisiera que leyesen estos exemplos los maquinistas franceses, que podrian aplicarlos á sus galeras quando tengan marina; bien que allí sin estos vaxéles todos reman dias hace.

¡Alerta, Españoles! Centinelas sois todavía, y no hay que abandonar el puesto, ni de dia, ni de noche: no nos cojan desprevenidos. Al francés se le debe temer lo mismo al que lleva la piedra de amolar al hombro, ó nos vende paquetes de medias, que al que lleva el fusil;

es gente de guerra, pues está dispuesta á tomarlo contra nosotros en la ocasion. El peluquero dexará sus tijejos, y tomará las fornituras si se lo manda su gobierno. Claro lo ha visto la cautiva Barcelona, quando el infame general Duhesme hizo armar á los paysanos franceses que se hallaban domiciliados dentro de la ciudad, para ayudarle en las faenas de la guarnicion, y en la opresion de los mismos que les habian dado entrada, albergue, y buena amistad. Los mismos tahoneros, taberneros, y tratantes, que estaban avecindados en nuestras villas y lugares, servian últimamente de espías á las tropas francesas que nos venian á conquistar. Estos enemigos con sobrecrito de paz no nos habrán hecho menos daños que los armados. Muy bien se dice que el hábito no hace al monge. Así se vió en el levantamiento de Portugal de 1640 quando, abusando de la bondad y hospitalidad española, enviaba la Francia al Duque de Braganza algunos millares de soldados á la desfilada en hábito de peregrinos, con achaque de romería á Santiago de Galicia, que era entonces comun devocion en ellos: y salvos con este título, pasaban no solo libres por España, sino que los mantenía nuestra piedad, y les daba hospedage.

De todas maneras nos han hecho la guerra, unas veces con las armas, y otras con la pluma. ¡Qué elogios y que justicia les debemos hablando de nuestras letras y ciencias, y de las personas doctas que honraron la historia, la poesía, y las humanidades antes que ellos las conociesen! El sabio y modesto Mably niega al P. Mariana el verdadero talento para la historia, solo porque era frayle. Dexo este campo abierto á los sábios españoles que deseen entrar en esta contienda, la qual no es de mi proposito.

Si pasamos á leer sus viageros, la paciencia y moderacion no alcanzan á sufrir tantos desbarros y desatinos como han escrito en sus relaciones, equivocandolo todo con su natural ligereza, ó fingiendo lo que solo existía en su loca fantasía. He leído en un viage por España, escri-

to por un cierto Conde; que en el estanque del palacio real del Buen-Retiro hay quatro Capillas, una en cada ángulo; y son quatro nórias cubiertas. El viagero no quiso asomar la cabeza, para enterarse del destino de aquellas quatro casillas. Pero ¿ como habia de quererse desengañar un francés que no queria perder la ocasion de pintarnos supersticiosos? Otro viagero nos cuenta: que al entrar en Madrid por la calle de Alcalá, vió un espectáculo encantado: tantas filas de naranjos, y los balcones llenos de monos y papagayos. El era el naranjo, el mono y el papagayo.

Este de los viageros no es ramo menos fecundo que el anterior, para que se exercite la pluma de alguna persona de buen gusto, zelo, è instruccion que haga conocer al público español el desacierto è ignorancia con que escriben de nuestras cosas los mismos autores que se venden por testigos de vista. Pero ¿ con qué ojos miran aquellos aturdidos? Yo creeré que no son ojos, sino anteojos, segun es la pasión y avilantéz con que hablan de lo que ni exáminan, ni conocen, solo para ridiculizarnos. Fatigado y fastidiado estoy ya de hablar de nuestros enemigos. Napoleones, Franceses, y Godoyes, dexadme en paz: ni vuestra sombra quiero ver, ni oír mas vuestro odioso nombre, Voy á consolarme con mis españoles, dirigiendo á las diferentes clases que componen la nacion mis votos y mis patrióticos afectos.

Españoles ilustres que componeis el cuerpo de la nobleza: armados corred al campo del honor. La distincion de cada caballero, y de cada magnáte, consiste ahora en cuál será el primero en llegar a la vista del enemigo, y cuál ofrecerá mayores dones en las aras de la patria. Vosotros teneis mas que defender que las otras clases, porque, sobre los trabajos è injurias comunes á todos como cristianos y como ciudadanos, ibais á sufrir el último abatimiento y miseria, y aun á perder vuestra existencia política. Eclipsados el lustre de vuestras familias, y el honor heredado de vuestros abuelos, Napoleon os iba á reducir vuestras rentas á una cosa moderada; porque

S. M. I. no gusta de ricos, sino de pobres de espíritu y de bolsa.

Y vosotros tambien, Ministros del Señor, dignaos prestarme oídos en esta ocasion: no pretendo amonestaros lo que hábeis de hacer en esta lucha de la religion con la impiedad, sino daros las gracias de lo que habeis hecho. Escuchad mis débiles palabras, si os es lícito oír á un profano, pues todos tenemos, en los tiempos de calamidad general, plena mision para predicar la defensa de la patria, de la qual todos somos miembros vivos.

Zánganos perjudiciales á la agricultura, á la industria, á la poblacion, y entes inútiles á la sociedad humana: así os trataba la eloqüencia político-económico-filosófica de los sábios de Francia, y baxo de este despreciable emblema os calificaba el sistema exterminador de Napoleon. Ya estabais destinados por los que venian á regenerarnos á tomar una azada, ó un fusil, perdiendo vuestra existencia, y hasta el nombre. Le hacia sombra esta clase de milicia, que él ha ido reformando por donde pasa la suya. Bien conocia que podria vuestro influxo, si nó darnos las armas, fortalecernos el ánimo para tomarlas.

No sois útiles para la fuerza de los estados, decian sus venales escritores; pero al mismo tiempo Murat y Josef contaban con vuestro auxilio mas que con sus bayonetas. Y si nó ¿ por qué os encargaban que empleaseis vuestro exemplo y vuestra autoridad para aplacar el santo enojo de los pueblos, predicándoles la sumision al gobierno intruso de nuestros enemigos? Entonces llamaban y convocaban á las cabezas y prelados de ambos cleros como ministros del Señor y directores de las almas: y esto ¿ no era confesar vuestro poder, y temerle al mismo tiempo? Sería esta la única vez que se acordarian en España de que habia un Dios, y una alma inmortal.

Mostraron aquellos pérfidos y descreídos adoradores de Baal-Napoleon quan grande era la necesidad que tenian de vosotros para consumir la obra de sus iniquidades. Querian que predicaseis á los españoles paz, man-

sedumbre, paciencia, y obediencia, como si vosotros fueseis extrangeros; pero ya vieron, con harto dolor, que soplabais el fuego de la venganza contra los enemigos del cielo y de la tierra.

¡Quánto trabajaria su nécia política despues para seducir á los frayles en ambas Américas, porque no ignorarian Napoleon, y sus magos, que la larga conservacion y seguridad de aquellas vastas regiones del imperio español se debe casi enteramente á los predicadores del Evangelio! ¿Con qué esperanzas tan lisonjeras iría el intrépido Dupont á tomar posesion de Cádiz y Sevilla, para abrir desde aquellos dos emporios inmensos rumbos á la ambicion y codicia de su amo y señor? Pero éste Hércules novel no logró echar la vista al gran padre de las aguas el Oceano, y tubo que decir *non plus ultra* en los campos de Baylén, y sepultar allí su gloria.

¿Podria tampoco olvidarme del distinguido lugar que ocupais en mi memoria, y en la de todos mis compatriotas en esta santa lucha, vosotros nobles habitantes del otro emisferio, hijos ilustres de la sangre española, descendientes de los pobladores, y conservadores del nuevo mundo, y seguidores del Evangelio, cuya primera luz envió á esas regiones la piedad y grandeza de los Reyes católicos? Ya que la naturaleza os colocó tan apartados de vuestra madre, que no podeis venir á socorrerla con vuestros brazos, y vuestro valor heredado, en su extrema necesidad y peligro, sino con vuestras descos; favorecedla entre tanto con vuestra plata y vuestro oro; y sea la primera vez que este metal, que tantos males ha causado en el mundo, sirva al bien del género humano. Ya no pasará á las manos codiciosas de los franceses, con el qual nos hacia la guerra aquella ingrata nacion. Cerrados están los pirineos, cerrados los puertos, cerrada toda amistad, y trato humano, y cortadas las manos de los que nos arrancaban los tesoros de nuestro erario, que era tambien vuestro.

Defended con los poderosos auxilios que os dió la

rica y liberal naturaleza á vuestra antigua madre que por vieja queria el insolente Corzo echarla al muladar, y daros otra, remozada, y vestida á la francesa moderna.

Tambien os queria casar este incestuoso con sus hijos adoptivos; y no sabia que estabais casados con nosotros tres siglos hace. El creeria que no habia mas españoles que engañar y vencer que los que vivimos en España; y no sabia que la corona de Fernando cuenta veinte y quatro millones de vasallos en ambos mundos. Que vuelva á enjugar las lágrimas á los afligidos representantes del comercio de Burdeos y de Bayona, que le lloraron su miseria al paso por aquellas ciudades implorando su providencia, donde les dixo: *tened paciencia, es menester sufrir para ser felices: vosotros comerciaréis en las Colonias españolas y por susuguesas*. Tal era el plan que llevaba en el bolsillo, para hacer de nosotros y vosotros patrimonio y herencia de sus hijos primogénitos. Búsqueles otros recursos, ó fórjese otro emisferio: ya no tiene mas tierra que la que pisa, y el mar le ha negado dias ha la obediencia.

A todos los pueblos á quienes promete prosperidad les exhórta á que sufran y hagan sacrificios, que los franceses llaman *privaciones*. Parece un misionero apostólico, que predica mortificacion y penitencia, menos para sí. ¿Quántos años hace que se burla con estas frases hipócritas de la paciencia de los hombres? Quiere acrisolarlos mas para hacerlos dignos del sumo bien que les tiene preparado. Ofrece continuamente paz y felicidad á los habitantes desgraciados que componen el Imperio francés, inculcándoles la abstinencia y desnudez para seguir el bloqueo de Inglaterra. ¿Qué importa, dirá él, que no venga mas grana, ni añil, ni palo de tinte de América? Vestiran de paño del color de la lana, pues son sus bórregos. A falta de algodón, sus naturalistas ya buscarán otras plantas que suplan su uso y comodidad. A falta de azúcar de caña dulce, sus químicos sacarán sustancias equivalentes de uvas y de remolachas en sus laboratorios. Esto se llama

Defended con los poderosos auxilios que os dió la

entre ellos *forzaron à la naturaleza*, por no dejar nada inviolado de sus manos. Pasarian sin pimienta, canela, ni clavo, que hoy viene por mano de los ingleses, pues no son artículos de primera necesidad. Quiere Napoleon probar que el hombre, aun en sociedad, puede vestir de lana, ó de pieles, y calzar abarcas; condimentar con pimentón, ajos, y cominos; y tambien comer en un dornajo como el cerdo. Pero vemos que de esta parcimonia, austeridad, y selvaticuéz, que predica este fiero reformador de la vida humana, no es él quien nos dá el exemplo; ni él, ni sus aúlicos è íntimos servidores, Heliogabalos en todos sentidos, cuya gula despuebla los elementos. Que esos asesinos de los hombres (no quiero decir de sus semejantes à la francesa, porque ellos no se asemejan à nadie) no vean mas en sus manos vuestras salutíferas plantas, vuestros divinos bálsamos, ni el palo santo, ni la santísima quina. Vivan como quieran, y mueran como puedan. No harán xabon con nuestra barrilla, ni paño con nuestra lana ni sogas con nuestro esparto, si no las piden para ahorcarse. Vosotros teneis el oro, dichosos hermanos nuestros del nuevo mundo, y nosotros el hierro, para hacer la guerra al asolador de ambos. ¿Qué mas tenemos ya que pedir à la Providencia, que nos ha hermanado à todos con los generosos ingleses, abriendonos los mares, para que nos podamos dar otra vez las manos, y abrazar à vuestros jóvenes bizarros que quieran venir à ser compañeros y testigos de nuestra victorias?

¿Podria mi pluma olvidarse de tributar el debido honor y reconocimiento à los guerreros que están à la vista del enemigo en campaña, y à los alistados que vuelan à los exercitos à ser compañeros de sus gloriosos trabajos? ¡O! vosotros todos, hermanos de armas y de voluntad: hijos, no de Marte, que es mentida deidad, sino de España, madre verdadera de varones esforzados! No pienso haceros el agravio de recomendaros el valor, que es patrimonio vuestro; tampoco la venganza de los ultrages que ha recibido la santa religion de vuestros padres, pues la

teneis jurada; tampoco la constancia, quando se trata de salvar la patria amenazada y ofendida; tampoco el amor que debeis à Fernando, digno de amor y de compasion, que reyna en nuestros corazones. ¡Ah! esta preciosa corona no se la puede quitar el cruel Napoleon, ni la que le labran los Angeles en el Cielo! Perdonadme marcial y valiente juventud, que os encargue la obediencia à los caudillos que os conducen al campo de la gloria, y la vigilancia, y la mas rigurosa disciplina, que es la que salva las vidas, ó las hace vender caras al enemigo. La patria os está mirando, bizarros guerreros; y los que no podemos acompañaros con las armas, os seguimos con los corazones. En estos se grabarán vuestros nombres con vuestras hazañas, y no en metales insensibles; y de este modo pasará por herencia la dulce memoria de ellas de generacion en generacion, que duran mas que la historia.

Nunca entreguéis las armas al enemigo sino por la punta: nunca os dexéis coger vivos, sino muertos: nunca os espante el número de las huestes enemigas, ni su formidable aparato. Acordáos de lo que respondió un capitán griego al que le queria atemorizar ponderandole las enormes fuerzas del Rey de Persia antes de darle la batalla, diciendole: son tantos, que tapan el sol con sus saetas: *mejor*, le respondió, *así pelearémos à la sombra*. A otro que, temeroso, le advirtió; los enemigos están cerca de nosotros, le dixo muy serenamente: *y nosotros cerca de ellos*. Envióle à decir el potentísimo Xerxes, despreciando su corto número de combatientes: *rinde las armas*; y el valiente espartano le contestó: *ven tú à tomarlas*. Adonde quiera que os lleve la fortuna llevais la patria con vosotros. Quando pereciérais todos irémos los viejos, los niños, y las mugeres à enterrarnos con vosotros; y las naciones que trasladen à esta desolada region sus hogares y su servidumbre, leerán atónitas: **AQUI YACE ESPAÑA LIBRE**. Y yo doy aquí fin à este escrito por no morir me antes de tiempo.

ADVERTENCIA

A LOS LECTORES ESCRUPULOSOS.

Quando digo en la parte primera de la Centinela; pag. 1, línea 11: que pueden salir del pellejo los corazones, no se tome el *pellejo* por errata de *pecho*, como han creído algunos. Es metáfora usada por Antonio Perez en una de sus Cartas, donde dice: *infelices tiempos aquellos en que no osan salir del pellejo los corazones*. Yo la adopté para igual caso, no solo por verla afianzada en tan gran maestro, sino porque tiene mas energía y evidencia salir del *pellejo* que salir del *pecho*: y no es lugar este para dar mis razones.

Quando digo en la pag. 52, lin. 19: que en Francia murieron quatro de sus Reyes á hierro, no habiendo sido en la realidad mas que dos; quiero contar los atentados contra sus vidas como asesinatos verdaderos. Henrique IV no murió de la primera herida, pero murió de la segunda por Ravillac; y Luis XV fue herido por Pedro Damiens, bien que curó del golpe mortal. Conté como víctimas los atentados de los regicidas, que es lo que allí hace á mi propósito.

Quando en la pag. 64, lin. 5 y 6, llamo Conde de Benevento á Tayllerand, y no *Príncipe*, fué por equivocacion, causada tal vez del fastidio que sentí al tener que nombrar tal mueble. Bonaparte le hizo *Príncipe*, y yo *Conde*: y ahora digo, que para mi, ni es lo uno, ni lo otro, y que siento haberle corregido en la reimpression. Equivoqué el apellido *Tayllerand* por *Tellayrand*; y no he querido enmendarlo, porque un coxo, ex Obispo, y casado, no puede ser sino el mismo, y siempre el mismo, y quiero que salga estropeado tambien de mis manos.

Dexo á la perspicacia de los lectores la correccion de las que son propiamente erratas, que serán algunas, atendiendo á que se han hecho reimpressiones fuera de mi vista, y de mi noticia como *encubar* por *encubrir*, pag. 12, lin. 2, en la parte primera, y alguna otra de este jaez.

